

**Caminando a través de los Principios:  
El problema de las cataratas teológicas**  
**Principio 8**  
**Por Scott Oliphint**

A medida que avanzamos hacia el final de nuestro camino por los Diez Principios, el Principio 8 aparece ante nuestros ojos:

8. La supresión de la verdad, al igual que la depravación del pecado, es total pero no absoluta. Por lo tanto, todas las posiciones no creyentes tendrán necesariamente en su interior ideas, conceptos, nociones, etc., que han tomado y arrancado de su verdadero contexto cristiano.

C. S. Lewis, una vez, dijo la famosa frase: "Creo en el cristianismo así como creo en la salida del sol: no sólo porque lo veo, sino porque por él veo todo lo demás". Si, como cristianos, viéramos todo a través de la lente de las Sagradas Escrituras, podríamos, por la gracia de Dios, entender al mundo como realmente es, en lugar de como puede parecer superficialmente.

El Principio 8 exige este tipo de visión cristiana, una visión que ve todo lo demás a la luz del cristianismo. Se supone que nos hemos puesto los lentes de las Escrituras y, por tanto, hemos pasado de imágenes borrosas a una luz y claridad mayores.

Cuando vemos personas que están fuera de Cristo que, tal vez incluso, son hostiles a las Escrituras pero que viven una vida decente, promueven ideas útiles, alientan cosas buenas y producen beneficios reales, nuestra interpretación acerca de estas situaciones se torna borrosa y amorfa si tratamos de entender sin ver a través de la lente de la verdad bíblica.

Este tipo de interpretaciones difusas son demasiado comunes, incluso entre algunos de los mejores teólogos. Recuerdo muy bien, hace un par de décadas, la lectura de esta afirmación en un libro sobre apologética, "... la gente no necesariamente se considera a sí misma en oposición a Dios, cuya existencia ni siquiera conoce desde el principio. Ellos simplemente... operan de acuerdo con la naturaleza humana". [1] Por desgracia, incluso el mejor de los teólogos puede desarrollar cataratas teológicas.

El Principio 8 afirma una visión diferente de la establecida en la cita anterior. Afirma, en sintonía con las Escrituras, que no existe cosa tal como la "naturaleza humana" en abstracto. Afirma que la propia naturaleza está íntimamente ligada a nuestra relación con el Dios Uno y Trino y que esa relación, como hemos visto en los principios anteriores, se define por una de estas dos maneras: o bien por nuestro permanecer en Cristo, o bien por permanecer en Adán. En el primer caso, es porque estamos bajo la gracia; en el último, estamos bajo la ira. En ambos casos, sin embargo, conocemos a Dios "desde el principio." Lo conocemos ya sea en virtud de su propia revelación en la naturaleza o lo conocemos en virtud de su revelación en la naturaleza y en las Escrituras.

La ira bajo la cual nos regimos en Adán viene a nosotros porque persistimos en nuestra supresión de la verdad, como un síntoma de nuestra injusticia. Esa supresión se expresa en todo lo que hacemos: en nuestro vivir y transcurrir, pero también en nuestra forma de pensar y conocer. En todas y cada una de las situaciones, estamos comprometidos con retener la verdad que Dios persistente y exitosamente nos da a través de las cosas que ha hecho. Estamos encantados de tomar esas cosas y utilizarlas para nuestro propio beneficio, pero lo que no hacemos es reconocer el conocimiento de Dios que esas cosas nos dan ni le damos las gracias y el honor que le corresponden (Romanos 1: 18-23).

Entonces, ¿cómo puede ser que alguien tan astuto teológicamente pueda malinterpretar tanto a la gente, de manera que asuma una posición neutra respecto de la "naturaleza humana"? Al menos, parte de la respuesta a esa pregunta se aborda en el Principio 8. A pesar de que afirmamos que todas las personas en Adán siempre y en todo lugar suprimen el conocimiento que es dado por Dios, lo que a su vez conduce a toda clase de pecado y de mal (Romanos 01:28-32), también hay que reconocer que los que están fuera de Cristo son muy a menudo capaces de contribuir únicamente al desarrollo y progreso de las cosas de este mundo, aunque supriman la verdad. Por lo tanto, muchos de los que permanecen en Adán son tan capaces y útiles que podríamos estar tentados a pensar que los efectos del pecado no son tan profundos y mortales como enseñan las Escrituras. Por lo tanto, podríamos perder claridad de visión y comenzar a interpretar las cosas buenas logradas por los impíos como producto de cierto genérico llamado "naturaleza humana". Podríamos empezar a pensar que las personas son, en el fondo, simplemente "humanos" y no pecadores en las manos de un Dios enojado

Entonces, ¿cómo es que la gente que constante y firmemente suprime la verdad de Dios, de todos modos, parece que no se rebela contra Dios la mayor parte del tiempo? No es sorprendente que Juan Calvino pueda ayudar aquí a mantener claridad de visión:

... Si el Señor quería que seamos ayudados en física, dialéctica, matemáticas y otras disciplinas de este estilo por la obra y el ministerio de los sin Dios, utilicemos esta ayuda para sufrir el justo castigo por nuestra indolencia. Pero que nadie piense que un hombre es verdaderamente bendecido cuando se le atribuye la posesión de un gran poder para comprender la verdad con elementos de este mundo (cf. Colosenses 2: 8): deberíamos agregar al instante que toda esta capacidad de comprensión, con el entendimiento que deriva de ella, es inestable y transitoria a los ojos de Dios cuando la sólida base de la verdad no se basa en Él (Institutos II.ii.16).

Considere aquí que Calvino reconoce que podemos ser "ayudados" por el "impío". Todo esto no es controversial. Cualquiera que haya vivido en el mundo reconoce que Dios da buenos dones en abundancia a todas las personas, de diversas maneras y que, sin esos dones, el mundo se convertiría en caos. Pero observe también que Calvino reconoce que los dones dados por Dios no están, en sí mismos, casados con una base sólida. Son dados por Dios, a pesar de la fundación, pero el propio compromiso con la fe en Cristo y la confianza en lo que Él ha dicho, están ausentes de dichos dones.

Calvino también nos ayuda a reconocer la obra universal y persistente del Espíritu Santo en cada persona. Entonces, dice:

Mientras tanto, no debemos olvidar los más excelentes beneficios del Espíritu Santo, que Él distribuye a quien quiere, para el bien común de la humanidad. La comprensión y el conocimiento de Bezaleel y Aholiab, necesarios para construir el Tabernáculo, tuvieron que ser inculcados en ellos por el Espíritu de Dios (Éxodo 31: 2-11; 35: 30-35). No es de extrañar, entonces, que el conocimiento de todo lo que es mayormente excelente en la vida humana nos sea comunicado por el Espíritu de Dios. Tampoco hay ninguna razón para preguntar: ¿qué tienen que ver los impíos, que están completamente separados de Dios, con su Espíritu? Debemos entender la afirmación de que el Espíritu de Dios habita sólo en los creyentes (Romanos 8: 9) como una referencia al Espíritu de santificación a través del cual nos hemos consagrado, como templos, a Dios (Corintios 3:16). No obstante, llena, mueve y acelera todas las cosas por la fuerza del mismo Espíritu y lo hace de acuerdo con el carácter que otorga a cada especie por la ley de la creación (Institutos II. ii. 16).

El quid de la cuestión es que el Espíritu Santo está activo en todos los asuntos humanos, dando buenos dones, incluso a aquellos que lo rechazan y se rebelan contra él. Como argumentó John Owen, sólo es el fruto del Espíritu lo que es único para los cristianos, no los dones. [2] Los frutos requieren una "raíz" sólida y viva con el fin de producir. Los dones, por otro lado, se dan desde el exterior a una persona y no son el producto de una raíz interna viva y próspera. Este es el punto de Calvino. El Espíritu de Dios da cosas buenas a la gente, todo para su gloria y por el bien de sus propósitos.

Estas verdades nos ayudarán a reconocer que, contrariamente a la idea abstracta de una "naturaleza humana" neutral, la única forma en que el mundo continúa y se mantiene, es por la obra de Dios Trino y Uno. Sólo Él sostiene todas las cosas, es sólo en Él que todo el mundo, tanto creyentes como no creyentes, vive, se mueve y tiene su existencia. Por lo tanto, cuando vemos cosas buenas, cuando reconocemos los útiles y, a menudo, brillantes desarrollos que provienen de aquellos que no conocen a Cristo, también reconocemos que esas cosas sólo pueden surgir por lo que el Espíritu de Cristo está haciendo en y a través del mundo. Todo lo bueno, no sólo lo bueno que viene de o va hacia los creyentes, es lo que es por la actividad universal y la obra del propio Espíritu.

Por lo tanto, en vez de creer solamente que es adecuado reconocer y apreciar las cosas buenas de cualquier persona, en primer lugar, debemos reconocer y apreciar la bondad de Dios Uno y Trino, que es la única fuente de todo bien. Para aquellos que están y permanecen en Adán, la supresión del conocimiento de Dios se lleva a cabo cada segundo que respiran. Pero el mismo Dios que persistentemente ofrece su revelación a través de todo lo que ha hecho, también da graciosamente cosas buenas a la gente rebelde, de acuerdo a su propia sabiduría soberana y misteriosa. Todo para la gloria de su Santo Nombre.

*K. Scott Oliphint es profesor de Apologética y Teología Sistemática en el Seminario Teológico de Westminster. Su más reciente libro es Covenantal Apologetics, Crossway, 2013.*

*Translated By Permission From Reformation 21*

*(<http://www.reformation21.org/>)*

*Online Publication Of The Alliance Of Confessing Evangelicals*

*(<http://www.alliancenet.org/>)*

Notas:

[1] R. C. Sproul, John H. Gerstner y Arthur Lindsley, Classical Apologetics, ed. Sproul ,1984

(Grand Rapids, Michigan: Zondervan Publishing House, 1984), 203, énfasis propio.

[2] Ver "A Discourse on Spiritual Gifts," en John Owen, The Works of John Owen, ed. William H.Goold, volumen 4 (T&T Clark).